

II.

NORDERNEY.

(1826.)

MOTIVO: *Monumentos Biográficos de Varnhagen de Ense.*—Parte I, páginas 1.^a y 2.^a

NORDERNEY ⁽¹⁾.

(Escrito en la isla de este nombre.)

..... Los indígenas son extremadamente pobres y viven de la pesca, que comienza ya en el inmediato mes de Octubre, con el tiempo borrascoso. Muchos de estos insulares sirven también como marineros en los buques mercantes de otras naciones, y permanecen largos años lejos de sus casas, sin hacer llegar á sus familias noticia alguna de su existencia. No es raro que hallen la muerte en el mar. He encontrado en la isla algunas pobres mujeres, cuya parentela masculina ha perecido de esta suerte, lo que fácilmente ocurre, porque el padre suele lanzarse al mar en el mismo buque en compañía de sus hijos.

La navegación tiene mucho atractivo para estos hombres; pero, no obstante, creo que donde más á gusto se encuentran es en su casa. Pues aun cuando llegan en sus buques á esos países meridionales en que el sol luce esplendoroso y la luna brilla románticamente, todas sus

(1) En el original alemán no hay epígrafe, pero la versión francesa lleva el siguiente: *La isla de Norderney. Escrito en 1826.*

flores no pueden cerrar la vía de agua abierta en su corazón, y, en medio de la aromada patria de la primavera vuelven sus ansiosos pensamientos hacia su isla arenosa, hacia su chozuela, hacia el flameante hogar, en torno del que se acurrucan los suyos, envueltos en toscos sayales, tomando un té, que sólo en el nombre se diferencia del agua del mar hervida, y hablando una lengua, que apenas parece concebible cómo ellos mismos pueden entenderse con ella.

Lo que enlaza tan firmemente á estos hombres, no es tanto el interno y místico sentimiento del amor, como el hábito, la mutua convivencia natural, la comunidad inmediata. Á igual altura de espíritu, ó mejor dicho, á igual baja de espíritu, iguales necesidades é iguales tendencias; á igual experiencia y parecer más fácil inteligencia mutua. Se sientan en la mayor armonía junto al hogar en sus chozuelas; acercan sus escaños cuando hace frío; se leen en los ojos los pensamientos y en los labios las palabras, antes de pronunciarlas; todas las relaciones comunes de la vida están presentes á su memoria, y una sola emisión de voz, un gesto expresivo, un movimiento mudo excita entre ellos tanta risa, llanto ó recogimiento como nosotros podemos excitar en nuestros semejantes por medio de exposiciones, demostraciones y declaraciones. Porque, en último resultado, nosotros vivimos en la soledad del espíritu; á causa de un método especial de educación, ó de una lectura especial, casualmente escogida, hemos adquirido cada uno un carácter diferente; cada uno de nosotros, espiritualmente

disfrazado, piensa, siente y quiere de distinto modo que los demás, y vienen á ser tantas las malas inteligencias, que se hace difícil la vida común en las más vastas casas y nos hallamos doquiera estrechos, doquier desconocidos y como en país extraño.

En esa igualdad de pensamiento y sentimiento que vemos en nuestros insulares, vivieron con frecuencia pueblos enteros, y vivió con frecuencia toda la antigüedad. La Iglesia romano-cristiana en la Edad Media pretendió sin duda establecer un estado semejante en todas las corporaciones de Europa, y tomó, por esta razón, bajo su tutela todas las relaciones de la vida, todas las fuerzas y manifestaciones, á todo el hombre físico y moral. No se puede negar que por este medio se cimentó una dicha pacífica, que la existencia se desarrolló más ferviente y más íntima, y que las artes, cual flores que se abren en silencio, desplegaron esa magnificencia que todavía admiramos, y que no podríamos imitar con todo nuestro saber inquieto. Pero el espíritu tiene sus eternos derechos; no se deja envolver en dogmas ni adormecer con sonidos de campana; rompió sus cadenas y destrozó los férreos andadores con que su madre la Iglesia le guiaba, recorrió toda la tierra en la embriaguez de su emancipación; trepó á la cumbre de las más altas montañas; lanzó alegres gritos de victoria; recordó sus dudas primitivas; pensó en las maravillas del día y contó las estrellas de la noche.

Pero aun no conocemos el número de las estrellas; aun no hemos descifrado las maravillas del día; la anti-

gua duda se ha apoderado más de nuestra alma (1). ¿Somos ahora más dichosos que entonces? Sabido es que si tenemos en cuenta á la gran mayoría, no es fácil contestar afirmativamente á esta pregunta; pero también sabemos que la felicidad debida á la mentira no es felicidad verdadera, y que en algunos pasajeros momentos de estado de alta y divina espiritualidad (2), se puede gozar más dicha que en sus largos años de existencia vegetativa pudo alcanzar la estúpida fe de un carbonero.

En todo caso, esta dominación de la Iglesia era una esclavitud de la peor especie. ¿Quién nos respondía de su buena intención, tal como acabo de mostrarla? ¿Quién puede probar que no se mezclaba de tiempo en tiempo algún mal designio? Roma ha querido siempre dominar, y cuando cayeron sus legiones, envió dogmas á las provincias.

Asentábase Roma cual araña gigantesca en el centro del mundo latino y cubriale con su infinita tela. Generaciones de pueblos vivían bajo ella una vida tranquila tomando por un cielo próximo lo que no era más que un tejido romano; sólo el espíritu de alto vuelo que veía á través de la tela, sentíase oprimido y miserable, y

(1) Alterado en la versión francesa: *no obstante, muchos viejos enigmas están ya resueltos, sabemos mucho y adivinamos más.*

(2) Alterado en la versión francesa: *y que, en ciertos momentos de un estado de espíritu más libre y divino, en que el hombre posee toda su dignidad intelectual, puede.....*

cuando trataba de abrirse paso, la astuta araña echábale mano fácilmente y chupaba la atrevida sangre de su corazón. ¿No se compraba demasiado caro el sueño de felicidad de la cegada muchedumbre á precio de semejante sangre?

Han pasado los días de la esclavitud del espíritu; vieja caduca, entre los rotos pilares de su coliseo, siéntase la antigua araña crucifera, y sigue tejiendo su vieja tela, pero como ya está floja y quebradiza, no puede aprisionar en ella más que mariposas y murciélagos, en vez de las águilas de las rocas del Norte.

*
* * *

Es cosa verdaderamente digna de risa el que cuando me proponía disertar lo más benévola mente posible acerca de las intenciones de la Iglesia romana, se apoderare súbitamente de mí el actual celo protestante, que siempre le atribuye las peores; y precisamente esta divergencia de opiniones que en mí mismo hallo, viene á darme una idea de lo destrozada que está la lógica en nuestros días. Lo que ayer admirábamos hoy lo aborrecemos, y acaso mañana nos burlaremos de ello con indiferencia.

Desde cierto punto de vista todo es igualmente grande é igualmente pequeño, y, al ver el humilde estado de nuestros pobres insulares, tengo que acordarme de las grandes transformaciones que los tiempos han realizado en Europa. También se hallan éstos en los umbrales de

la nueva época, y su antigua unidad y simplicidad de espíritu será perturbada mediante la prosperidad de los baños de mar, pues descubren en sus nuevos huéspedes cosas que no saben compaginar con su antigua y habitual manera de vivir.

Detiéndense por la noche ante las iluminadas ventanas del casino, y contemplan allí el comercio de caballeros y damas, sus miradas de inteligencia, sus gestos concupiscentes, sus lúbricos bailes, sus regalados banquetes, la codicia de los jugadores.... y todo esto no deja de producir fatales consecuencias para aquellos hombres; consecuencias que de ningún modo puede compensar la ganancia que les proporciona su establecimiento balneario. Este dinero no basta para satisfacer las nuevas necesidades que introduce; de aquí la perturbación interna de la vida, una excitación perniciosa, un gran dolor.

- Cuando yo era muchacho sentía los más vehementes deseos al ver pasar junto á mí á alguno que llevaba al descubierto, exhalando su aroma, hermosas tortas de las que nada había de tocarme; más tarde me aguijoneaba el mismo sentimiento al ver cruzar ante mí hermosas damas descotadas con arreglo á la moda (1), y ahora pienso que los pobres insulares que viven aún como niños, tienen con frecuencia ocasión de experimentar parecidas sensaciones, y bueno fuera que los propietarios de bellas tortas y mujeres tales las cubriesen algo más (2).

(1) La versión francesa añade: *como diosas del Olimpo.*

(2) La versión francesa añade: *cuando las exponen á las miradas de la inocente multitud.*

Tantas golosinas descubiertas, y en las que estas gentes sólo pueden dar pasto á los ojos, deben despertar mucho su apetito, y si acaso las pobres insulares, en su embarazo, tienen toda clase de refinados antojos, y dan por fin á luz niños parecidos á los bañistas, esto es bien fácil de explicar (1). No se trata aquí de relaciones ilícitas. No, la virtud de las insulares está protegida de antemano por su fealdad, y especialmente también por su olor á pesca, que al menos á mí me era insoportable.

Además, se ha trasladado aquí, por la temporada de baños, una persona del Continente que resume en sí todas las faltas de los huéspedes forasteros, gracias á la que, estarán aseguradas las insulares de todo mal influjo. Sólo que éste es un mal medio inaplicable, no digo á una pequeña isla, sino hasta á una gran ciudad marítima, donde las personas públicas, por decirlo así, son el baluarte y el pararrayos que aseguran la moralidad de las hijas de familia; pues me mostraron en Hamburgo una mujer muy gruesa, á quien en cierto modo cubre á medias su capa de cosmético, como el largo y delgado pararrayos hembra que protege en verano á la gran calle de San Juan (2).

Como queda dicho, la virtud de los insulares está protegida de antemano, y si sus hijos nacen con fisonomías parecidas á las de los bañistas, habré de reconocer en

(1) En la edición francesa: *no debe uno asombrarse de tales accidentes.*

(2) Falta este párrafo en la edición francesa.

ello más bien un fenómeno psicológico, y como tal explicarle por aquellas místicas leyes materiales que tan bellamente desenvuelve Göthe en sus *Afinidades electivas*.

Es asombroso el ver cuántos enigmáticos fenómenos naturales se pueden explicar por dichas leyes. Cuando el año pasado fui arrojado por una tempestad á otra isla del oriente de Frisia, vi allí, en la choza de un barquero, un mal grabado en cobre, titulado: *La tentación de un anciano*, que representaba á un viejo en su estudio, perturbado por la aparición de una mujer, desnuda hasta las caderas, que emergía de una nube; y, ¡cosa singular! la hija del barquero tenía la misma lúbrica faz mal encarada de la mujer del cuadro. Y, para citar otro ejemplo, en casa de un cambiante, cuya mujer estaba encargada del despacho, y examinaba de continuo atentamente los cuños de las monedas, hallé que los niños tenían fisonomías asombrosamente parecidas á las de los más grandes monarcas de Europa, y cuando estaban todos reunidos y peléaban unos con otros, me parecía ver un pequeño congreso.

Por esta razón no es cosa indiferente para los políticos el cuño de la moneda. Como las gentes aman tan profundamente el dinero, y le contemplan, seguramente, con tal ternura, los niños adquieren con gran frecuencia los rasgos del soberano del país, que las monedas representan, y el pobre príncipe viene á ser considerado maliciosamente como padre de sus súbditos. Los Borbones tienen razón que les sobra para hacer fundir los na-

poleones de oro; no quieren ya ver entre sus franceses tantas cabezas napoleónicas. Prusia es la que ha llegado á más en punto á policía monetaria, pues sabe disponer una inteligente aleación de cobre que, en la nueva moneda divisionaria, enrojece al punto las mejillas del monarca, y de algún tiempo á esta parte han adquirido los niños en Prusia un aspecto más saludable que antes, siendo, por lo regular, un gusto contemplar sus florecientes caritas de *groschen* de plata.

*
* *

Al hablar de la corrupción de costumbres de que están amenazados los insulares, no he dicho nada respecto á su baluarte espiritual, esto es, su pastor y su iglesia.

El primero es un hombre fuerte y de voluminosa cabeza, que no parece haber descubierto ni el racionalismo ni el misticismo, y cuyo único mérito consiste en haber alojado en su casa á la mujer más hermosa del mundo (1). Respecto de su iglesia no puedo dar noticias precisas, porque aun no he estado en ella. Bien sabe Dios que soy un buen cristiano, y que hasta tengo con frecuencia intenciones de visitar su casa; pero siempre me veo fatalmente imposibilitado de realizarlas, pues ordinariamente encuentro en el camino á un charlatán, y si consigo llegar alguna vez á las puertas del templo, se me ocurre

(1) En la versión francesa falta este punto.

indefectiblemente una chocarrería, y entonces considero que al entrar cometería un pecado.

El domingo pasado me ocurrió una cosa así; cuando estaba á la puerta de la iglesia me acordé del pasaje del Fausto de Göthe, en que Fausto pasa en compañía de Mefistófeles junto á una cruz, y le pregunta:

«Mefisto (1); ¿tienes prisa?
¿Por qué así ante la cruz bajas los ojos?»

A lo que que contesta Mefistófeles:

«Demasiado sé ya que es un prejuicio;
La cosa me repugna y eso es todo.»

Estos versos no se han impreso, que yo sepa, en ninguna edición del Fausto, y solamente el difunto consejero áulico Moritz, que los había leído en el manuscrito de Göthe, los comunicó en su «*Felipe viajero*», novela ya olvidada que contiene la historia del autor, ó más bien la historia de unos cien *thalers* que el autor no tenía, por cuya causa fné toda su vida una serie de privaciones y desencantos, si bien sus deseos eran bastante inmodestos, como lo era, por ejemplo, el de ir á Weimar y entrar de criado en casa del autor de Werther, bajo cualquier condición, con tal de vivir cerca de aquél que, entre todos los hombres de la tierra, había causado más viva impresión en su ánimo.

¡Cosa admirable! ya despertaba entonces Göthe tal

(1) En el original está así la palabra incompleta.

entusiasmo, y sólo «*nuestra tercera generación*» se hallará en estado de comprender su verdadera grandeza.

Pero esta generación ha producido también hombres de cuyo corazón no brotan más que aguas estancadas, y que quisieran por tanto obstruir también en el de los demás todo manantial de sangre juvenil, hombres de sensibilidad extinta, que calumnian la vida y quieren disgustar á los demás de todas las magnificencias de este mundo, pintándolas como otros tantos señuelos que el diablo coloca ante nosotros, solamente con el fin de perdernos, á la manera que la astuta ama de casa deja en su ausencia fuera el azucarero con los terroncitos contados, á fin de probar la sobriedad de la criada (1). Y estos hombres han reunido en torno suyo á un virtuoso vulgo y le predicán la cruz contra los grandes idólatras y sus desnudas divinidades, que de buena gana sustituirían por su disfrazado y estúpido diablo.

El disfraz es con razón su más alto objeto, la divina desnudez les es fatal, y un sátiro tiene siempre sus buenas razones para que si él viste calzon también le vista Apolo. Las gentes le toman entonces por hombre moral, y no saben que en los ridículos cuernos del sátiro disfrazado hay más torpeza que en la completa desnudez de un Wolfgang Apolo (2), y que precisamente en los

(1) Falta en la versión francesa desde aquí hasta «*de acuerdo con el espíritu*», pág. 140.

(2) Alude sin duda á Göthe, llamado también *Musageta*, director de las musas, sobrenombre que llevaba Apolo. Además Wolfgang es el nombre del gran poeta.

tiempos en que la humanidad usaba unos bombachos que se llevaban sesenta varas de tela, no eran las costumbres más decorosas que hoy.

Pero ¿irán á reprocharme las damas que diga calzones en vez de vestido de las piernas? (1). ¡Oh, delicado sentimiento el de las damas! Al fin sólo los eunucos van á poder escribir para ellas, y sus espirituales servidores de Occidente van á tener que ser tan inofensivos como sus servidores corporales de Oriente.

Esto me recuerda un pasaje del Diario de Berthold. Decía el Doctor M. á una dama que había llevado á mal una manifestación algo atrevida: «si bien lo reflexionamos, vamos completamente desnudos dentro de nuestros vestidos.»

*
* *

La nobleza de Hannover está muy descontenta de Goethe, y afirma que difunde la irreligiosidad, que pudiera producir fácilmente una falsa opinión política, cuando se debía retrotraer al pueblo por medio de la antigua fe á su antigua modestia y templanza. También oí discutir mucho en estos últimos tiempos si Goethe es más grande que Schiller ó viceversa. Hallábame la última vez tras la silla de una dama, que contaría unos

(1) *Hosen*, calzones es menos culto en alemán que *Beinkleid* (lit. vestido de las piernas).

sesenta y cuatro antepasados, y escuché un violento discurso sobre el mismo tema, discutido entre ella y dos nobles de Hannover, cuyos antepasados descendían del zodiaco de Denderah, uno de los cuales, jovencillo, larguirucho y lleno de mercurio, que parecía un barómetro, ponderaba la virtud y pureza de Schiller, en tanto que el otro, también adolescente de excesivos medros, susurraba algunos versos del «*Honrad á las mujeres*», al tiempo que sonreía con tanta dulzura como un asno que hubiese metido la cabeza en una vasija de jarabe y se estuviera relamiendo golosamente el hocico.

Ambos jóvenes reforzaban sus afirmaciones á cada paso con la muletilla afirmativa: «Es más grande aún, es realmente más grande, verdaderamente es más grande, juro á usted por mi honor que es más grande.» La dama fué tan bondadosa que me hizo terciar en esta estética conversación preguntándome: «Doctor, ¿qué piensa usted de Göthe?» Pero yo me crucé de brazos, incliné la cabeza como un creyente y dije: «*La ullah ill allah, wua-mohammed rasul allah!*» (1).

Sin saberlo, había hecho la dama la más capciosa de las preguntas; porque, seguramente, no puede preguntarse á nadie de buena fe: ¿Qué piensas del cielo y de la tierra? ¿Qué concepto tienes del hombre y de la vida humana? ¿Eres una criatura racional ó un pobre diablo?

(1) *Sólo Dios es Dios y Mahoma su profeta*. Fórmula de su misión de los árabes que se encuentra hasta en sus monedas.
(لا لله الا الله محمد رس ل الله).

Todas estas preguntas van envueltas en las inocentes palabras: ¿Qué piensa usted de Göthe? Porque, cuando tenemos á la vista todas las obras de Göthe, al poder comparar rápidamente con el nuestro el juicio que otro forma de ellas, llegamos, por este medio, á obtener una norma segura á que podemos ajustar todos sus pensamientos y sentimientos, y él ha manifestado inconscientemente su propio juicio. Mas como Göthe es un mundo que á todos pertenece, que está abierto á la consideración de todos, será para nosotros el mejor medio de llegar á conocer á las gentes, el poder llegar á conocer otra vez á Göthe mismo mediante el juicio que él forma de objetos que todos tenemos á la vista, y sobre los cuales ya nos han comunicado su parecer los hombres más importantes.

Desde este punto de vista pudiera yo interpretar á la perfección el *El Viaje á Italia* de Göthe, pues ya por haberle visitado ó ya por referencia, todos conocemos el país italiano, y es por lo mismo fácil observar cómo unos le miran con ojos subjetivos, éste con mal humorados ojos de arca de madera, que sólo ven lo malo, y aquél con los inspirados ojos de Corina, que ante todo sólo ven lo sublime; mientras que Göthe, con sus claros ojos griegos, lo ve todo, la obscuridad y la claridad; nunca da color á las cosas con arreglo al estado momentáneo de su ánimo, y nos pinta países y hombres con los verdaderos contornos y colores de que Dios le revisitaria.

Este es un mérito de Göthe que sólo le reconocerán

épocas posteriores (1); porque nosotros, completamente enfermos, las más veces, estamos demasiado apegados á nuestros débiles y desgastados sentimientos románticos, recogidos mediante la lectura de todos los países y tiempos, para que podamos ver inmediatamente cuán sano, uno y plástico se muestra Göthe en sus obras. Él mismo observa ya algo; en la sencilla ignorancia de su propio poder, se admira de que se le atribuya *un pensamiento objetivo*; y al querernos dar, por medio de su autobiografía, un auxiliar crítico para juzgar sus obras, no pone á nuestra disposición norma alguna, sino solamente nuevos hechos, según los cuales puede juzgársele, porque es seguramente natural que ningún ave puede aventajarse á sí misma al vuelo.

Épocas posteriores descubrirán en Göthe, además de aquel poder de intuición, sentimiento y pensamientos plásticos, muchas cosas que ni aun presentimos ahora. Las obras del espíritu permanecen eternamente inmutables; pero la crítica es algo movediza, parte del concepto de la época, y sólo tiene importancia para ella, y cuando no tiene por sí misma valor artístico, como, por ejemplo, la

(1) M. Philarète Chasles, en sus *Études sur l'Allemagne ancienne et moderne*, pág. 337 y 338, hablando de Göthe, dice que nadie le ha analizado mejor que Heine, y traduce con cierto desorden este párrafo y el anterior. Pero no entiende el principio de este y traduce: *He aquí lo que los siglos futuros no volverán á ver*. Todo por un adverbio, por un *erst* que no comprendió, y le hizo decir. *Voilà ce que les siècles à venir ne reverront. plus*, en vez de: *Ce n'est que les siècles à venir qui pourront le voir*.

de Schlegel, descendiendo á la tumba con esa misma época que la produjo. Toda edad, al adquirir nuevas ideas, adquiere también nuevos ojos, y ve mucho nuevo en las antiguas obras del espíritu. Un Schubarth ve ahora en la *Iliada* algo más, mucho más que una colección de exámetros (1): críticos vendrán á su vez, que vean en Göthe más que Schubarth.

¡Si podía, no obstante, haber charlado acerca de Göthe! Pero son muy naturales semejantes digresiones, cuando, como en esta isla, le está á uno zumbando continuamente el mar en los oídos, poniéndose placenteramente de acuerdo con el espíritu (2).

*
* *

Sopla un fuerte viento nordeste, y las brujas vuelven á pensar en hacer muchas malas pasadas. Que aquí se cuentan extraños cuentos de brujas que saben evocar la tempestad, y principalmente, en todo el mar del Norte, existe tal superstición, afirmando los marineros, que muchas islas están completamente bajo el misterioso dominio de ciertas brujas, á cuya mala voluntad hay que atribuir los contratiempos de todo género que ocurre á los buques que navegan cerca de ellas.

(1) *Alejandrinos*, dice el original.

(2) En la edición francesa comienza el párrafo siguiente: *En este momento ya han desertado de la isla todos los bañistas. El ruido del mar zumba sin cesar en mis oídos.*

El año pasado, que permaneci algún tiempo en el mar, me contó el piloto de nuestro buque que eran especialmente poderosas las brujas en la isla de Wight, y procuraban detener hasta la noche á todo buque que trataba de cruzar por allí de día, para atraerle entonces á los escollos ó á la misma isla. En este caso, se oía á las brujas zumbar y mugir en torno del buque con tal estruendo que apenas el *klabótermann* mismo, con mucho trabajo, podía contrarrestarlas.

Como le preguntase quién era el *klabótermann*, contestóme el narrador con gran seriedad: «Es el bueno é invisible patrono del barco, que impide que ocurra una desgracia á los marineros leales y sobrios; el que mira por sí mismo, si por todas partes reina el orden, y procura una buena navegación.» Y el pobre piloto aseguró en voz misteriosa, que yo mismo podía muy bien oír en los ruidos del buque, con qué cuidado arrimaba los géneros, produciendo el rugir de toneles y cajones, cuando el mar se encrespa, y haciendo zumbar las vigas y las tablas.

Con frecuencia el *klabótermann* da golpes de martillo en la parte exterior del buque, y esto avisa al carpintero que debe ir al punto á reparar una avería; pero le gusta, sobre todo, sentarse en el mastelero de juanete, en señal de que sopla ó ha de soplar en breve viento favorable.

A mi pregunta de si no se podía ver al *klabótermann* contestó: No, no se le ve, ni tampoco desea verle nadie, porque solamente se muestra cuando ya no hay salvación alguna. Y aunque el buen piloto no se había visto en semejante caso, pretendía saber por otros que enton-

ces se oye al *klabótermann* hablar, desde lo alto de la vela de juanete, con los espíritus que le están sometidos; y cuando la tempestad arrecia demasiado y es inevitable el naufragio, se sienta al timón, se muestra por vez primera y desaparece haciéndole pedazos; pero los que le ven en este terrible momento encuentran al punto la muerte entre las olas.

El capitán del navío que había escuchado también la narración, sonreía más ladinamente de lo que pudiera esperarse, dado su rostro rudo y avezado á vientos y temporales, y me aseguró además que hacía cien años y aun cincuenta que tan viva había sido entre los marinos la creencia en el *klabótermann*, que siempre en la mesa se ponía un cubierto para él, y se le servía en su plato lo mejor de cada manjar, habiendo buques en que aun hoy se practica así.

*
* * *

Me voy á pasear con frecuencia á la playa y pienso en estos maravillosos cuentos de los marineros. El que más interesa es seguramente la historia del *Holandés volante*, al cual se ve navegar á toda vela en plena tempestad, y de cuando en cuando echa al agua un bote, para dar á los buques que encuentra todo género de cartas que después no se sabe cómo hacer llegar á su destino, porque van dirigidas á personas que hace mucho tiempo murieron.

A veces pienso también en el antiguo y delicioso

cuento del *hijo del pescador* que espíaaba junto á la orilla del mar la ronda nocturna de las ondinas, y después recorrió el mundo todo con su violín, extasiando cual por encanto á la humanidad, cuando ejecutaba la melodía del vals de las ondinas (1); cuento que me refirió un amigo, cierto día que en un concierto, en Berlín, oíamos tocar á un admirable jovencillo, á Félix Mendelssohn=Bartholdy.

Lo que ofrece un atractivo característico es el dar la vuelta alrededor de la isla. Pero ha de hacer buen tiempo, han de tomar las nubes extrañas formas, y ha de estar uno echado boca arriba sobre el puente, mirando al cielo, y, mejor aún, teniendo un pedacito de cielo en el corazón. Entonces murmuran las olas toda clase de extrañas puerilidades, toda clase de palabras que hacen revolotear queridos recuerdos, toda clase de nombres, que suenan en el alma á manera de dulces presentimientos.—«¡Oh; Evelina!» Después llegan los buques y pasan, y se saludan como si pudieran volverse á ver todos los días. Sólo por la noche tiene el encuentro de buques extranjeros un no sé qué de penoso; se empeña uno en creer que pasan en silencio sus amigos mejores, á quienes hace años no ha visto, y que los pierde para siempre.

Yo amo el mar como á mi alma.

Con frecuencia se me ocurre, que el mar es propiamente mi alma misma; pues como existen en el mar plan-

(1) Aquí termina el párrafo en la versión francesa, suprimiendo el resto.

tas acuáticas escondidas, que sólo en el momento de su eflorescencia emergen á la superficie, y en el de marchitarse vuelven á sumergirse, así surgen también á veces del fondo de mi alma maravillosas imágenes de flores (1) que exhalan su perfume, brillan, y desaparecen de nuevo. — «¡Oh, Evelina!»

Dícese que no lejos de la isla, donde ahora no hay más que agua, se alzaban en otro tiempo las más bellas aldeas y ciudades, que repentinamente fueron inundadas todas por el mar, y que cuando el tiempo está claro todavía ven los barqueros las brillantes agujas de las torres de las sumergidas iglesias, y hasta algunos oyen también en la mañana del domingo el piadoso repique de las campanas. La historia es verdadera, pues el mar es mi alma (2).

«Hay aquí un bello mundo sumergido;
De pie, en el fondo, encuéntranse sus restos,
Y cual áureas centellas en el éter,
Los miro en el espejo de mis sueños.»

(W. MÜLLER.)

(1) La versión francesa intercala: *Flores de azules ojos y bermejos labios, azucenas pudorosas y rosas de belleza.*

(2) La versión francesa añade: *y puedo decir, como mi amigo Müller:*

También en España, en la provincia de Zamora, ya limitrofe de Galicia, cerca de Cedillo y Trefacio, hay un lago de S. Martín, en cuyo fondo, según la tradición, existe un convento y las gentes del país creen oír á veces sus campanas.

Al despertarme escucho como un lejano repicar de campanas y el canto de sagradas voces:—«¡Evelina!»

Cuando va uno á pasear á la playa, los buques que cruzan ofrecen un hermoso aspecto, llevan tendidas sus deslumbrantes velas blancas, y parecen grandes cisnes nadando. Pero el espectáculo es bellissimo cuando se pone el sol tras los flotantes buques, y quedan éstos rodeados de una radiante y gigantesca aureola de luz.

También debe ofrecer un gran placer la caza á lo largo de la costa; pero, por mi parte, no sé apreciarle debidamente. El sentimiento de lo noble, de lo bello y de lo bueno puede adquirirse con frecuencia el hombre mediante la educación, pero el de la caza se funda en la sangre. Cuando los abuelos han tirado desde tiempo inmemorial á los corzos, encuentra también el nieto un placer en esta legítima ocupación. Pero mis abuelos no pertenecían á los cazadores, sino más bien á los cazados, y se me subleva la sangre al tener que disparar sobre los descendientes de sus antiguos colegas. Sí, por experiencia sé que, hasta cierto punto, mucho más fácil me sería disparar sobre un cazador de los que echan de menos los tiempos en que la del hombre también pertenecía á la alta venatoria. ¡Gracias á Dios estos tiempos han pasado!

Si á alguno de estos cazadores le asalta hoy el capricho de volver á cazar un hombre tiene que pagarle, como por ejemplo, al andarín que vi en Göttinga hace dos años. Un domingo, estaba ya el pobre bastante fatigado de correr bajo un calor sofocante, cuando algunos hidal-

gos de Hannover que estudiaban allí *humanidades*, ofrecieron darle un par de *thalers* si quería volver á repetir la carrera; el pobre hombre corrió, iba pálido como un muerto, vestido con su jaqueta roja, y tras él agolpados, entre un torbellino de polvo, galopaban los nobles y bien alimentados jovencuelos, caballeros en soberbios potros, cuyos cascos alcanzaban á veces al hostigado y jadeante carrerista, ¡y era un hombre!

A manera de ensayo, pues debo hacer contraer más nobles hábitos á mi sangre, fui ayer de caza. Disparé sobre algunas gaviotas que revoloteaban en torno mío, con harta confianza, pues no podían saber con certeza que yo tiraba mal. Yo no quería acertarles, sino solamente advertirles, para que tuvieran más precaución ante hombres provistos de escopeta; pero erré el tiro, y tuve la desgracia de matar á una gaviota nuevecita. Me alegré de que no fuera una grande, pues ¿qué hubiera sido entonces de las pequeñuelas que aun yacen implumes en su nido de arena sobre la gran duna? Hubieran perecido de hambre. Ya presentía yo que en la cacería me había de ocurrir una desgracia, porque me había saltado una liebre en el camino.

*
* *
*

¡Qué cosas tan admirables se me ocurren cuando á la hora del crepúsculo me paseó solo por la playa! A mi espalda dunas aplanadas, de frente el mar undoso é in-

menso, y sobre mí el cielo cual gigantesca cúpula de cristal.

Entonces aparezco á mis ojos diminuto como una hormiga, y no obstante, mi alma adquiere las proporciones de un mundo. La sublime sencillez de la Naturaleza, tal como aquí me rodea, me anonada y me eleva al mismo tiempo, quizá en más alto grado que nunca lo lograra otro maravilloso recinto. Nunca una catedral me pareció bastante grande; mi alma con su plegaria de titán subía siempre más allá que los pilares góticos, y quería siempre abrirse paso á través de la cúpula. Sobre el picacho de *Rosstrappe* (1), parecíéronme imponentes á primera vista las colosales rocas y sus atrevidas agrupaciones; más no fué muy duradera esta impresión, mi alma estaba sólo sorprendida, pero no dominada, y aquellas enormes masas roquizas fuéronse poco á poco empuñeciendo á mis ojos, y al fin me parecieron mezquinos restos de un gigantesco palacio desmoronado, donde acaso mi alma se hubiera encontrado con holgura (2).

Aunque haya de mover á risa, no puedo callarlo, la desavenencia entre el cuerpo y el alma me atormenta un poco, aquí junto al mar, en el seno de la Naturaleza, se me hace á veces patente, y la metempsicosis es con frecuencia el objeto de mis reflexiones. ¿Quién penetra

(1) V. *Viaje al Hartz*.

(2) En la versión francesa aparece alterada la última frase del modo siguiente: *.....no me parecieron más que las ruinas de algún mezquino palacio, en el cual, si aun estuviera en pie, se encontraría mi alma harto estrechamente albergada.*

la gran ironía de Dios, á quien plugo hacer surgir entre el cuerpo y el alma todo género de contradicciones? ¿Quién puede saber en qué sastre habita ahora el alma de un Platón, y en qué maestro de escuela vive la de un César? ¿Quién sabe si el alma de Gregorio VII no se halla instalada en el cuerpo del Gran Turco y no se siente más á su gusto entre mil acariciadoras manecitas de mujer, que un tiempo vestida de su purpúrea cota de célibe?

Por el contrario, ¡cuántas almas de fieles musulimes del tiempo de Ali se hallan hoy tal vez en nuestros gabinetes antihelénicos! Las almas de los dos ladrones crucificados á los lados del Salvador, moran hoy acaso en el cuerpo de ventrudos concejales, llenas de fervor por la doctrina ortodoxa. El alma de Gengis-Kan anima hoy acaso á un crítico, que diariamente y sin saberlo, da de sablazos en un periódico á sus más fieles Baschkiros y Kalmucos.

¡Quién sabe, quién sabe! El alma de Pitágoras ha pasado tal vez á un pobre candidato que sucumbe en el examen por no saber demostrar el teorema de Pitágoras, mientras en sus señores examinadores habitan las de los bueyes que un tiempo sacrificara á los eternos númenes el filósofo, en celebración del descubrimiento de su teorema. No son los Hindos tan ignorantes como creen nuestros misioneros, pues honran á los animales por amor al alma humana que en ellos presienten; y pues fundan hospitales para monos inválidos, á la manera de nuestros académicos, bien puede ser que habiten en

aquellos monos las almas de grandes eruditos, ya que, al contrario, visible es que en algunos grandes eruditos sólo se ocultan almas de mono.

¡Quién, con la omnisciencia del pasado, pudiera ver desde arriba las tendencias de los hombres! (1) Cuando me paseo por la noche á la orilla del mar y escucho el canto de las olas, que despierta en mí todo género de presentimientos y recuerdos, me parece que he mirado un día desde bastante altura y que, sobrecogido de vertiginoso terror, caí precipitado á la tierra; paréceme también que entonces tuvieron mis ojos tanto alcance como un telescopio, y que vi viajar por el cielo las estrellas en su tamaño natural, deslumbrado por todo aquel esplendor giratorio. Como del fondo de diez siglos surgen entonces en mi mente toda clase de pensamientos, pensamientos de primitiva sabiduría; pero son tan nebulosos, que no comprendo lo que quieren decirme. Solamente sé, á lo más, que toda nuestra prudente ciencia, nuestras aspiraciones y nuestros resultados deben parecerle á un espíritu superior tan pequeños y nulos, como á mí una araña que solía contemplar con frecuencia en la biblioteca de Göttinga.

Sobre un in-folio de historia universal hallábase muy aplicada tejiendo; miraba con tan filosófica seguridad en torno suyo, que tenía toda la erudita afectación de Göttinga; estaba orgullosa de sus conocimientos matemá-

(1) En la versión francesa falta desde *Aunque haya de morir á risa*, pág. 147, hasta aquí.

ticos, de sus trabajos artísticos, de sus solitarias lucraciones (1) y, no obstante, nada sabía de todas las maravillas que se encerraban en el libro en que había pasado toda la vida, y en el que moriría también, si el astuto cazador, Dr. L. (2), no venía á arrojarla de él. Y, ¿quién es el astuto Dr. L.? Acaso un tiempo vivió su alma en una araña semejante, ahora guarda los in-folios en que un tiempo se albergó, y, si los lee, ignora aún su verdadero contenido.

¿Qué habrá pasado en otro tiempo en el suelo porque ahora me paseo? Un co-rector, que aquí se bañaba, pretendía que, en tiempos, se había celebrado en este sitio el culto de Hertha, ó mejor dicho, de Forsete, acerca de lo cual habla tan misteriosamente Tácito. ¡A no ser que los narradores oficiales á quienes Tácito siguió se equivocaran y tomaran un carruaje de los baños por la carroza sagrada de la diosa! (3)

En el año de 1819, cuando asistía yo en Bonn, en el mismo semestre, á cuatro cátedras, en la mayor parte

(1) En la versión francesa aparece trastocado este párrafo al principio: falta la palabra *telescopio*; se lee *esfuerzos*, en vez de *resultados* (*Hervorbringen*); *trabajos sabios ó eruditos*, en vez de *trabajos artísticos* (*Kunstleistungen*).

(2) En la versión francesa se lee: *.... si el viejo Stiefel (bota), el bibliotecario, no viene un día á paso de lobo á saltarla súbitamente y arrojarla de sus dominios*. Y aquí termina el párrafo.

(3) En la versión francesa comienza el párrafo: *Un gran conocedor de la arqueología germánica que se encontraba últimamente en los baños de Norderney, pretendió.... Léese también: antiguos corresponsales de periódicos romanos, en vez de narradores oficiales* (*Berichterstatter*).

de las cuales se explicaban antigüedades alemanas de los tiempos más míticos—en la 1.^a Historia de la lengua alemana, por Schlegel, quien se llevaba casi tres meses desenvolviendo las más barocas hipótesis sobre el origen de los alemanes; en la 2.^a La Germania de Tácito, por Arndt, quien buscaba en los antiguos bosques alemanes las virtudes que echaba de menos en los salones actuales; en la 3.^a Derecho político germánico, por Hüllmann, cuyas ojeadas históricas no tienen la menor vaguedad; y en la 4.^a Historia primitiva alemana, por Radloff, que al fin del semestre no había llegado más que á la época de Sesostris—entonces pudo haberme interesado más que ahora el mito de la antigua Hertha.

No asentí á que residiera allí como un penado, y la coloqué más bien hacia una isla al oriente de Frisia, mas un joven erudito está encariñado con una hipótesis particular suya.

De ningún modo hubiera yo creído en aquel tiempo que un día me pasearía por las playas del mar del Norte sin pensar en la antigua diosa con patriótico entusiasmo, mas no sucede realmente así, sino que pienso en jóvenes diosas completamente distintas, sobre todo cuando paseo por el sitio conmovedor donde no hace mucho nadaban como ondinas las más hermosas mujeres; pues ni caballeros ni damas se bañan aquí bajo toldos, sino que pasean á mar descubierto. Por esta razón en los baños están separados los dos sexos, pero no á gran distancia, y el que lleve un buen antejo puede en el mundo ver mucho. Se cuenta que un nuevo Acteón vió de este

modo á una bañista Diana, y, ¡cosa admirable! no él, sino el esposo de la bella fué el que adquirió los cuernos (1).

Los carruajes de los baños (2), los *cabriolés* del mar del Norte, sólo son arrastrados aquí hasta la orilla del agua, y consisten generalmente en cuatro palos colocados á los cuatro ángulos, cubiertos con una tela encerada. Ahora en el invierno están en el salón y mantienen seguramente unas conversaciones tan secas y tirantes como las de la escogida sociedad que se pervertía allí aun no hace mucho.

Pero cuando digo, escogida sociedad, no comprendo en ella á los buenos burgueses del oriente de Frisia, pueblo que es llano y vulgar como el suelo que habita, que ni sabe cantar ni charlar, pero que no obstante, posee un talento superior á todos los gorjeos y hojarascas; un talento que ennoblece al hombre y le eleva sobre aquellas almas vanas y serviles que se imaginan ser ellas solamente nobles; hablo del talento de la libertad. Late el corazón libre, y este latido ennoblece tanto como el ingreso en una orden de caballería; así lo saben los libres frisios y usan su epíteto popular.

A excepción del período de los jefes de tribu, nunca ha dominado la aristoeracia en la Frisia oriental; han vivido allí pocas nobles familias, y el influjo de la nobleza de Hannover, que se extiende hoy por el país, por

(1) Faltan en la versión francesa este párrafo y el anterior, que forman uno solo en el original.

(2) Especie de cabriolé de cuatro ruedas llamado *droschkis*.

medio de los cargos administrativos y militares, entristece á más de un libre corazón frisio, mostrándose sobre todo la predilección hacia el antiguo gobierno prusiano (1).

Mas respecto á la queja de toda Alemania acerca del orgullo de la nobleza de Hannover, no puedo unirme á ella incondicionalmente. El cuerpo de oficiales de Hannover no da el menor motivo para que de orgulloso se le acuse. Cierto es que, como en Madagascar, sólo los nobles tienen derecho á hacerse carniceros, tenía antes la nobleza de Hannover un privilegio análogo, puesto que sólo ella podía obtener la categoría de oficial. Pero desde que en la legión alemana se han distinguido tantos burgueses y se han elevado al puesto de oficiales, también se ha olvidado aquel vicioso derecho consuetudinario. Sí, todo el cuerpo de la legión alemana ha contribuido mucho á debilitar antiguos prejuicios, pues estos hombres han corrido mucho mundo y visto mucho en él, especialmente en Inglaterra; y han aprendido bastante, pues da gusto oírles hablar de Portugal, España, Sicilia, las islas Jónicas, Irlanda y otros muchos países donde han guerrado y «visto muchos hombres y ciudades, y aprendido costumbres», hasta el punto de que se figura uno escuchar una *Odisea*, que por desgracia no encontrará su Homero.

(1) A los dos párrafos que preceden, uno en el original, les faltan en la versión francesa: *Late el corazón libre*;*usan su epíteto popular*, al primero, y al fin del segundo, desde la última coma; terminando en, *corazón frisio*.